



Introducción a la semana

Si toda fiesta tiene octava, la fiesta de las fiestas, la de Pascua de Resurrección, ha de tener la octava más solemne. Y así es. No puede haber una fiesta en esta semana que derive la liturgia hacia ella. La Liturgia no se aparta del hecho eje de la Liturgia, y de nuestra vida, la Resurrección del señor. Luego, el tiempo de Pascua se prolongará seis semanas más, pero en este tiempo sí se celebrarán fiestas de santos o de María.

La Palabra de Dios en esta semana está tomada del libro de los Hechos de los apóstoles (primera lectura - y de los diversos episodios de manifestaciones del resucitado a discípulos según los cuatro evangelistas. Los textos evangélicos describen cómo los discípulos van tomando conciencia de la resurrección del Maestro, y los textos de Los Hechos cómo se van formando las primeras comunidades cristianas, en las que se vive y se celebra el triunfo sobre la muerte del condenado a ella. Es la fe en la resurrección del Señor lo que las constituye como comunidad cristiana. Fe que conlleva una profunda convicción que les permite proclamar algo tan absurdo a primera vista, como que el crucificado y muerto a los ojos de todos como un maldito, Dios lo había resucitado y colocado a su derecha como juez universal. No es argumento apodíctico, pero sí da credibilidad al hecho. Es semana para seguir disfrutando con los discípulos de que la causa de Jesús no terminó en la cruz, sino que continúa en las comunidades que se forman en torno a la fe en su presencia resucitada. Y que merece la pena jugarse la vida por proclamarlo.

Lun
21
Abr
2014

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 14. 22-33

El día de Pentecostés, Pedro, poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros sabéis, a este, entregado conforme el plan que Dios tenía establecido y provisto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él:

“Veía siempre al Señor delante de mí,
pues está a mi derecha para que no vacile.
Por eso se me alegró el corazón,
exultó mi lengua,

y hasta mi carne descansará esperanzada.
Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos,
ni dejarás que tu Santo experimente corrupción.

Me has enseñado senderos de vida,
me saciarás de gozo con tu rostro”.

Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”.

A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo he derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

Salmo

Sal 15, 1b-2a y 5. 7-8. 9-10. 11 R/. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios».

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano. R/.

Benediciré al Señor que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. R/.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa esperanzada.
Porque no me abandonarás en la región de los muertos
ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R/.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 28, 8-15

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos.

De pronto, Jesús salió al encuentro y les dijo:

«Alegraos».

Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él.

Jesús les dijo:

«No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles:

«Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernados, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros».

Ellos tomaron el dinero y obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy.

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte

Es un fragmento del multicitado discurso de Pedro dirigido a Israel, palabras pascuales por excelencia. En él se pone de manifiesto cuál era la práctica habitual de Jesús de Nazaret, que con sus signos salvadores y compasivos estrenó el tiempo de plenitud al hacer presente entre nosotros el poder liberador de Dios Padre. No obstante, sobre Él cayó la injusticia de una condena, como parte del misterioso designio divino; pero Dios interviene librando a Jesús de la muerte, resucitándolo. Este Dios opera el prodigio de romper las ataduras de la muerte, porque no era posible que la muerte lo tuviera bajo su dominio ni ésta tuviera sobre el Hijo de Dios la última palabra. Pedro anuncia con notable audacia el mensaje que da vida a tantas criaturas que se afanan por buscar el rostro de Dios para ver en él el signo de la fe, de la confianza, del empuje para seguir viviendo con sentido; porque en la proclama de la resurrección está la luz para nuestras fidelidades, seguimiento de Jesús, superación de nuestros yerros y la mejor razón para poder decir al abatido una palabra de aliento, porque al resucitar Jesús podemos ser mano tendida para que el prójimo, con nosotros, resucite.

No tengáis miedo, id y comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea

La resurrección de Jesús da unidad a los dos párrafos de nuestra página evangélica. Una vez más el evangelio nos sorprende haciendo una apuesta atrevida, a sabiendas que el testimonio femenino no tenía la misma calidad que el masculino en tiempos de Jesús. Y son precisamente mujeres las que anuncian la bella resurrección; porque la Buena Noticia de la salvación no entiende ni quiere entender de etiquetas humanas siempre excluyentes, siempre asimétricas. De ahí el animoso aviso a las mujeres para que, sin miedo y con alegría, proclamen a los discípulos que Jesús ha resucitado. Comienza así el largo e ilusionante itinerario de tantos hombres testigos de la nueva vida que han puesto su confianza en el Señor, más allá de fábulas más interesadas que veraces y empeñadas en desacreditar la fuerza del que vive y no en proclamar la verdad que nos hace libres. ¡Qué hermosa provocación para nuestras comunidades cristianas y para todos los seguidores del Maestro la actitud de estas mujeres! A toda prisa, impresionadas y llenas de alegría. No hay tiempo que perder, no hay que disminuir la emoción, no hay que renunciar a la alegría de ser hoy para nuestro mundo un anuncio que dé sentido a la vida, un mensaje que alegre la vida de nuestros hermanos porque Cristo ha resucitado y ¡aún es posible la alegría!



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Mar
22
Abr
2014

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“¡Cristo, nuestra Luz, vive! ¡Aleluya!”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 36-41

El día de Pentecostés, decía Pedro a los judíos:

«Con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías».

Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:

«¿Qué tenemos que hacer, hermanos?».

Pedro les contestó:

«Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos, y para los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro».

Con estas y otras muchas razones dio testimonio y los exhortaba diciendo:

«Salvaos de esta generación perversa».

Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas.

Salmo

Sal 32, 4-5. 18-19. 20 y 22 R/. La misericordia del Señor llena la tierra

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R/.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme,
en los que esperan su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R/.

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.
Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 11-18

En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan:

«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella contesta:

«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.

Jesús le dice:

«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:

«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré».

Jesús le dice:

«¡María!».

Ella se vuelve y le dice.

«¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!».

Jesús le dice:

«No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, ande, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”».

María la Magdalena fue y anunció a los discípulos:

«He visto al Señor y ha dicho esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

“¿Qué tenemos que hacer, hermanos?”

Estamos viviendo la resaca de la Pascua. Pedro parece haberse colocado al frente de la incipiente comunidad de seguidores de Cristo. El cobarde Pedro del Sanedrín es ahora el valiente Pedro que da testimonio de la resurrección de Jesús.

Es la fuerza del Señor encendida con el fuego del Espíritu Santo la que se asoma al balcón y se atreve a predicar al pueblo las realidades de la crucifixión y muerte, de las que acusa como culpables “a vosotros” a los judíos, y de la resurrección posterior que es la fuente de la fuerza que Pedro despliega.

Pedro prestando su voz al Espíritu convence y hace que los oyentes se planteen la búsqueda de cómo hacerse perdonar su pecado. Y aquel día se unieron unos tres mil. La voz del Espíritu convence; la voz de cualquier mensajero que no sea la del Espíritu, será un rotundo fracaso. ¿Será esta la razón por la que las gentes se separan de Dios en estos tiempos?, ¿Será porque nunca preguntamos qué tenemos que hacer?

“He visto al Señor y me ha dicho esto”

Aquí tenemos al primero de los testigos de la resurrección de Jesús: Magdalena. Una mujer a la que nadie va a hacer caso porque es mujer. Poco importa que sea cierto o no lo que dice: es mujer y eso basta para que nadie la tome en serio.

Sabemos que Magdalena es una mujer enamorada del Maestro, hasta el extremo de atreverse a preguntar al hortelano dónde ha puesto el cuerpo de su amado, de lanzarse a sus `pies cuando reconoce al Maestro y anunciarlo a los apóstoles que comentarán camino de Emaús: “Vinieron algunas mujeres y dijeron que había resucitado”. Nadie les hizo caso. Entonces, como ahora, el hecho de no ser varón resta credibilidad a sus palabras. Magdalena es el primero de los apóstoles, el más enamorado de Jesús, el más cercano.

Sin embargo, Magdalena no reconoce en aquel hombre que se acerca al objeto de su amor. Parece que el resucitado no tiene la misma apariencia que el Jesús vivo. Pero basta una palabra que trasluce el amor de Cristo: “María”, para que su espíritu reciba la revelación y crea en el resucitado. La respuesta cargada de asombrada ternura: “Raboni” lleva en sí toda la carga del amor de una mujer que ha descubierto la divinidad de Jesús, ha experimentado en el fondo de su ser la realidad de la Resurrección y necesita pregonarlo a quien quiera oírlo. “He visto al Señor y me ha dicho esto”. Olvida su amor humano y comienza a vivir el amor trascendente de Dios.

Sabe Magdalena que no ha permitido que le toque, que la realidad que tenía enfrente no era un ser normal, un “vecino”, sino un ser que solamente con los ojos de la fe puede ver, intocable porque nada precederamente tocable queda en Él. Sabe que está allí, que queda siempre junto a ella, pero sabe también que no es ya una pertenencia personal, sino que al morir como hombre ha recuperado la categoría de Dios, de la que se había voluntariamente despojado desde el momento de su concepción y es ya de todos.

¡FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN!



D. Félix García O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicanos de Viveiro (Lugo)

Mié
23
Abr
2014

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“¿No ardía nuestro corazón?”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 1-10

En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a cuestas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa, para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo:

«Míranos».

Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo:

«No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda».

Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Salmo

Sal 104, 1-2. 3-4. 6-7. 8-9 R/. Que se alegren los que buscan al Señor

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas todos los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. R/.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 13-35

Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:

«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado estos días?».

Él les dijo:

«¿Qué».

Ellos le contestaron:

«Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo:

«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria».

Y, comenzado por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo:

«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.

Y se dijeron el uno al otro:

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón».

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión del Evangelio de hoy

Lo miró fijamente

Este relato ocurre a las puertas del templo, en la calle. Ahí surge un encuentro liberador, sanador entre Juan y Pedro que van de camino y un hombre paralítico desde su nacimiento, está en el suelo sin otra perspectiva que permanecer así.

Pedro toma la iniciativa ante la petición del hombre, no pasa de largo al igual que el samaritano con el apaleado y los tres hombres con Abraham junto al encinar de Mambré. Lo miró fijamente y le pide que le miren. La experiencia de ser mirado devuelve la visibilidad a esta persona, la vida escondida sale a la luz. Pedro lo ha experimentado, *“El Señor le miró de lejos”*, percibe su vida a la luz de la verdad.

Pedro comparte su experiencia pascual con este hombre, es Jesucristo quien transforma si nos dejamos mirar por El con todo lo que somos. Surge la Vida, una vida en plenitud, tal como la recobra este hombre que desborda de gozo y alaba a Dios por lo que ha hecho en él.

Estamos llamados a dejarnos mirar por El y a mirar a otros y otras. Para anunciar a Jesucristo es imprescindible haber experimentado su mirada de amor y de verdad, en nuestra vida, es una experiencia pascual, de liberación que nos lleva a mirar a los demás desde lo experimentado.

¿No ardía nuestro corazón?

En nuestros diálogos y expresiones solemos hablar de encontrarnos con Jesús, de buscarle, aquí el sujeto de la acción somos más nosotros mismos. Hoy miércoles, este texto del evangelio nos relata un encuentro post-pascual entre Jesús y dos personas que caminan decepcionadas, dos discípulos. Jesús se hace presente en el camino de la vida de estos dos discípulos, en el momento existencial que viven, él toma la iniciativa y sale a su encuentro.

Sin embargo, ellos están tan enfrascados y encerrados en su decepción y tristeza que les impide ver, están aplastados por sus propios ideales y expectativas, *“nosotros esperábamos que él fuera el libertador”*, esto les incapacita confiar y acoger lo que están viviendo.

Jesús camina con ellos, les acompaña en un proceso personal que les posibilite percibir desde su propio interior. El texto presenta algunos rasgos:

- Jesús pregunta, por lo que están viviendo, y escucha, sin escandalizarse ni censurar.
- Ilumina desde la Palabra. Jesús es el Mesías que entra en la gloria a través del sufrimiento, les interpela a abrirse más allá de sus concepciones prefijadas y les introduce en la lógica del reino: pérdida/ganancia
- Partir y compartir el pan alrededor de la mesa.

Este proceso personal que Jesús hace con ellos desemboca en una mirada renovada, desde el corazón, con la que perciben sentido a lo que están viviendo. Al atravesar sus decepciones y fracasos descubren una Vida que les habita, *¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba ... y nos explicaba...?.* Esta experiencia traspasa el ámbito personal les lleva a compartirlo en la comunidad.

Hoy, Jesús camina en nuestra vida, en la vida de la comunidad, en nuestras ciudades. Somos invitados e invitadas a reconocer en lo cotidiano a Jesús vivo.



Hna. Nélide Armas Tejera O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

Jue
24
Abr
2014

Evangelio del día

[Semana de la Octava de Pascua](#)

“Dios lo resucitó y nosotros somos testigos”

Primera lectura

En aquellos días, mientras el paralítico curado seguía aún con Pedro y Juan, todo el pueblo, asombrado, acudió corriendo al pórtico llamado de Salomón, donde estaban ellos.

Al verlo, Pedro dirigió la palabra a la gente:

«Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud? El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo.

Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello.

Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado el vigor por medio de su nombre; la fe que viene por medio de él le ha restituido completamente la salud, a la vista de todos vosotros.

Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, al igual que vuestras autoridades; pero Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer.

Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados; para que vengan tiempos de consuelo de parte de Dios, y envíe a Jesús, el Mesías que os estaba destinado, al que debe recibir el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas.

Moisés dijo: “El Señor Dios vuestro hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta como yo: escuchadle todo lo que os diga; y quien no escuche a ese profeta será excluido del pueblo”. Y, desde Samuel en adelante, todos los profetas que hablaron anunciaron también estos días.

Vosotros sois los hijos de los profetas, los hijos de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán: “En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra”. Dios resucitó a su Siervo y os lo envía en primer lugar a vosotros para que os traiga la bendición, apartándoos a cada uno de vuestras maldades».

Salmo

Sal 8, 2a y 5. 6-7. 8-9 R/. ¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Señor, Dios nuestro,
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano, para mirar por él? R/.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos.
Todo lo sometiste bajo sus pies. R/.

Rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 35-48

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice:

«Paz a vosotros».

Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.

Y él les dijo:

«¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo».

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo:

«¿Tenéis ahí algo de comer?».

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos.

Y les dijo:

«Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras.

Y les dijo:

«Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Dios lo resucitó y nosotros somos testigos”

Ayer escuchábamos cómo un paralítico que había en la puerta del templo es sanado por Pedro. Hoy vemos cómo con ocasión de este acontecimiento Pedro proclama el segundo discurso kerigmático acerca de la Resurrección de Jesús.

Todos los que están en el templo quedan asombrados al ver el milagro, pero Pedro demostrará su humildad dejando claro que no ha sido él quien ha curado al paralítico sino el poder de Jesucristo, el Hijo de Dios, el autor de la vida. Pedro aprovecha esta oportunidad para anunciarles que Aquel a quien ellos habían crucificado, Dios lo había resucitado y estaba vivo.

El centro del discurso de Pedro es la fe en Cristo Jesús, muerto y resucitado, y a esta fe es a la que Pedro les invita. Les hace ver que ha sido la fe del paralítico en Jesucristo la que lo ha curado y que a esta fe ellos también tienen acceso. Así que, Pedro, que ya había experimentado el perdón del Señor después de haberlo negado, les ofrece la posibilidad de arrepentirse, de convertirse, de dejar paso al amor de Dios en sus vidas y experimentar su misericordia y bendición.

Todos somos instrumentos de la gracia de Dios para que se vea Su gloria. Así que pidámosle la fe del paralítico y la humildad de Pedro para saber que es Él el que actúa por medio nuestro.

“Paz a vosotros”

El evangelio de hoy nos relata la tercera aparición de Jesús resucitado a los apóstoles. Los discípulos de Emaús han tenido un encuentro con el resucitado. Este acontecimiento les hace volver a la comunidad a compartir su gozo, y estando en esto Jesús se hace presente en medio de ellos dándoles su Paz.

Cristo no les tiene en cuenta su abandono, ya conoce Él su debilidad, la cual la siguen mostrando pues se llenarán de miedo al ver a Jesús, tienen dudas en su interior, les cuesta dar el salto de la fe.

Conociendo todo esto Jesús les ayuda a comprender las Escrituras, no sólo para que se afiance su fe en el Resucitado sino para que puedan transmitirlo y anunciarlo a los demás. Jesús los prepara para la misión evangelizadora. “Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis”

Pascua es un tiempo para dar testimonio, tiempo para reconocer a Cristo resucitado y darlo a conocer. También hoy Cristo nos pide a nosotros que seamos testigos de su resurrección en medio de este mundo desesperanzado. Decía Pablo VI que el mundo no necesita tanto maestros como testigos.

Pidamos al Señor su Espíritu para que seamos capaces de ser transmisores de Paz y testigos de su Amor.

¡Cristo ha resucitado, Aleluya!



MM. Dominicas

Monasterio de Santa Ana (Murcia)

Vie
25
Abr
2014

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Jesús toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 1-12

En aquellos días, mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, después de que el paralítico fuese sanado, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, indignados de que enseñaran al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos. Los apresaron y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, pues ya era tarde. Muchos de los que habían oído el discurso creyeron; eran unos cinco mil hombres.

Al día siguiente, se reunieron en Jerusalén los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, junto con el sumo sacerdote Anás, y con Caifás y Alejandro, y los demás que eran familia de sumos sacerdotes, Hicieron comparecer en medio de ellos a Pedro y a Juan y se pusieron a interrogarlos:

«¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?».

Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo:

«Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el

Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es “la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular”; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos».

Salmo

Sal 117, 1-2 y 4. 22-24. 25-27a R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia. R/.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.

Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.

Éste es el día que hizo el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/.

Señor, danos la salvación;

Señor, danos prosperidad.

Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;

el Señor es Dios, él nos ilumina. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos.

Simón Pedro les dice:

«Me voy a pescar».

Ellos contestan:

«Vamos también nosotros contigo».

Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Jesús les dice:

«Muchachos, ¿tenéis pescado?».

Ellos contestaron:

«No».

Él les dice:

«Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis».

La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro:

«Es el Señor».

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan.

Jesús les dice:

«Traed de los peces que acabáis de coger».

Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice:

«Vamos, almorzad».

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Reflexión del Evangelio de hoy

Pedro y Juan, por creer y anunciar la Resurrección de Jesús, pasan su primera noche en la cárcel. No será su único testimonio, ni sus últimos problemas con las autoridades judías por Jesús y su fidelidad al Reino. Vamos viendo a Pedro, a Juan y al resto de los apóstoles, guiados por el Espíritu, cada vez más “cristianos” y menos “pescadores”; más de

Jesús y menos de sí mismos.

En el Evangelio, Jesús confirma una vez más la fe incipiente de los discípulos, para conseguir de ellos lo que se va viendo en los Hechos. Hoy es la pesca milagrosa, con detalles sobresalientes en el orden humano y en el espiritual.

Idílico marco de referencia del milagro

Tiene lugar en el lago, en una barca, donde pescadores, que se creían avezados, experimentan nuevas “técnicas”. En el mismo sitio donde ellos mismos, tres años antes, habían escuchado y secundado la llamada. El mismo protagonista de entonces, con distintos “atributos”. Entonces, el rabí, el Maestro; hoy, el Señor.

Los discípulos están juntos. La misión siempre es comunitaria; sólo excepcionalmente de uno o dos y enviados por la comunidad. Era de noche y, lógicamente, de noche, sin luz, sin Jesús –que es la luz-, espiritualmente hablando, no se puede “pescar” nada. Se pueden hacer cosas, pero sólo cosas humanas, porque “sin mí –les había dicho Jesús- no podéis hacer nada” (Jn 15,5).

Pedro y Juan

Jesús se presenta por la mañana en la playa –o quién sabe si fue la mañana la que se presentó al llegar Jesús-. Y con Jesús, todo fue nuevo, todo fue mañana, pesca abundante, luz y sentido, “aunque los discípulos no sabían todavía que era Jesús”. Y, para que no escogieran el sitio equivocado, les sugirió dónde tenían que echar las redes. Y surgió el milagro; y, con él, el doble fracaso: la pesca y la “ceguera” de no reconocer a Jesús. Fracasos que Jesús solventó a su modo.

“Juan –aquel discípulo a quien Jesús tanto quería- dice a Pedro: ‘Es el Señor’”. Qué lección. ¡Y seguro que entonces no se hablaba como ahora de la autoestima! Juan amaba y, lo que era más importante, se sentía amado por Jesús. Y aquella conjunción de amores le hizo tan distinto que, viendo todos lo mismo, sólo Juan distingue a Jesús. Sólo él tiene los ojos y el corazón tan limpios como para poseer aquella clarividencia que les faltaba a los demás.

“Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua”. Hay que preguntar a Juan, es el que más y mejor ve, quizá porque es el que más y mejor ama. Pero, cuando Juan nos señala quién es Jesús, hay que imitar a Pedro. No basta con conocer, con saber. Hay que ser coherentes y “mojarse”, aunque estemos o nos sintamos desnudos. Hay que lanzarse al agua de la vida. Allí es donde se encuentran los demás, aquellos a quienes hemos sido enviados; y allí, en la orilla, es donde nos está esperando él, con los brazos abiertos y con la mesa puesta.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Sáb
26
Abr
2014

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“ No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 13-21

En aquellos días, los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Reconocían que habían sido compañeros de Jesús, pero, viendo de pie junto a ellos al hombre que había sido curado, no encontraban respuesta. Les mandaron salir fuera del Sanedrín y se pusieron a deliberar entre ellos, diciendo:

«¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente que todo Jerusalén conoce el milagro realizado por ellos, no podemos negarlo; pero, para evitar que se siga divulgando, les prohibiremos con amenazas que vuelvan a hablar a nadie de ese nombre».

Y habiéndolos llamado, les prohibieron severamente predicar y enseñar en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo:

«¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído».

Pero ellos, repitiendo la prohibición, los soltaron, sin encontrar la manera de castigarlos a causa del pueblo, porque todos daban gloria a Dios por lo sucedido.

Salmo

Sal 117, 1 y 14-15. 16-18. 19-21 R/. Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

El Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos R/.

«La diestra del Señor es poderosa.

La diestra del Señor es excelsa».

No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.

Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte. R/.

Abridme las puertas de la salvación,
y entraré para dar gracias al Señor.

Esta es la puerta del Señor:

los vencedores entrarán por ella.

Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 16, 9-15

Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando.

Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron.

Después se apareció en figura de otro a dos de ellos que iban caminando al campo.

También ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron.

Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado.

Y les dijo:

«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación».

Reflexión del Evangelio de hoy

“No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído”

La fe, depositar toda nuestra confianza en una PERSONA, puede resultar difícil. Esta dificultad puede tener diversas causas. Una de ellas es cerrarse en banda a aceptar las pruebas que puedan llevar a reconocer a Jesús como el Hijo de Dios. Los “sumos sacerdotes, los ancianos y los letrados” partían de la afirmación rotunda de que no podía llover, y aunque la lluvia les empapase seguían diciendo que no llovía. Partían de su afirmación de que Jesús era un hombre como otro cualquiera y además equivocado. Ya podían sus apóstoles, Pedro y Juan, realizar en su nombre un milagro, y reconocer incluso ellos que era un milagro -“es evidente que han hecho un milagro”-, pero jamás llegarían, por el prejuicio del que partían, a confesar que Jesús había resucitado y que era no solo hombre sino también el Hijo de Dios. Una reacción bien distinta es la de los apóstoles, ahora ya convencidos de quién era Jesús, y que, a pesar de la prohibición que les impusieron, ellos seguían proclamando a Jesús muerto y resucitado: “No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído”.

“Jesús resucitado... se apareció primero a María Magdalena”

A pesar de lo que acabamos de indicar, también a los apóstoles les costó, en este caso, creerse de verdad que Jesús había resucitado. Lo suyo no fue por prejuicios contra Jesús, por tozudez... más bien, fue porque tal verdad, “Cristo ha resucitado”, era demasiado sublime para aceptarla, algo que nunca había ocurrido antes en la historia de la humanidad. No hicieron caso ni a María Magdalena, ni a los dos que iban de camino... que certificaban que Jesús “estaba vivo y que lo habían visto”. Tuvo que ser el mismo Jesús el que se les apareciese a los Once y convencerles de su resurrección, algo que ya les había anunciado antes de su muerte. A partir de ahí, fueron otros. Se despojaron de su miedo, de sus temores, de su incredulidad y... desgataron el resto de sus días en proclamar a los cuatro vientos la vida, muerte y resurrección de Jesús, como la mejor noticia de todos los tiempos, aunque a muchos de ellos les costó la vida. “Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

El día **27 de Abril de 2014** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).